

La devoción eucarística en la enseñanza de Juan Pablo II

*Monseñor Georges Lagrange*¹

Ni el tiempo que he podido dedicar a preparar esta ponencia, ni el marco temporal en el que debe inscribirse, me han permitido examinar toda la enseñanza de Juan Pablo II y exponer todo lo que en ella se refiere a la Eucaristía. Me he limitado, pues, a algunos textos que me han parecido más importantes, y he tratado de identificar en ellos una orientación característica del pensamiento de nuestro Santo Padre el Papa. Les pido, por tanto, su indulgencia por el carácter limitado de esta ponencia. Y si me lo permiten, antes de abordar el tema que se me ha propuesto, quisiera dar las gracias a los organizadores de este coloquio por haberme pedido esta intervención, y subrayar también el significado que yo mismo le doy a esta petición, y a la respuesta que le doy. Es evidente que no es por mi competencia particular en el tema propuesto por lo que me piden que tome la palabra en su coloquio: es, evidentemente, en mi calidad de obispo del lugar por lo que me han dirigido esta invitación.

Y, por otra parte, si me piden que les hable de la piedad (y, por tanto, también de la doctrina) de nuestro Santo Padre, el papa Juan Pablo II, esto pone de manifiesto su voluntad, por si acaso alguien lo dudara, de situar su reflexión sobre «la veneración y la administración de la Eucaristía» en el corazón de la Iglesia católica de hoy, en unión con el sucesor de Pedro, por cuya voluntad soy obispo de Gap. Mucho más que lo que voy a intentar decirles con mis modestas palabras —al menos en lo que realmente sea de mi parte, pues no haré otra cosa que citarles textos de Juan Pablo II—, es el hecho mismo de que, a petición suya, me dirija hoy a ustedes sobre este tema lo que me parece importante. Veo en ello, en efecto, vuestra voluntad de afirmar que es precisamente como hijos de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, en unión con su jerarquía y con la enseñanza de su magisterio, como emprendéis esta reflexión.

1. Eucaristía y sacerdocio

Evidentemente, el pensamiento de Juan Pablo II sobre la Eucaristía es ante todo el de la Iglesia en toda su Tradición, pero no es de extrañar que esté fuertemente marcado por las enseñanzas del Concilio Vaticano II, al que se refiere muy a menudo. Y sin duda es ahí donde hay que buscar la fuente de ese punto de insistencia que me ha parecido constituir la originalidad de la enseñanza del Papa sobre la Eucaristía, a saber, el estrecho vínculo entre la Eucaristía y el sacerdocio, y un sacerdocio concebido

¹ Conferencia pronunciada en el II coloquio del C.I.E.L., octubre de 1996.

de acuerdo con la doctrina del Concilio Vaticano II, que subrayó a la vez el estrecho vínculo y la clara distinción entre el sacerdocio común y el sacerdocio jerárquico. Es conocido el pasaje de la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, en el número 10:

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, aunque entre ellos existe una diferencia esencial, y no solo de grado, están sin embargo ordenados el uno al otro: ambos, en efecto, cada uno según su modo propio, participan del único sacerdocio de Cristo. Quien ha recibido el sacerdocio ministerial goza del poder sagrado para formar y guiar al pueblo sacerdotal, para realizar, en la persona de Cristo (*in persona Christi*), el sacrificio eucarístico y ofrecerlo a Dios en nombre de todo el pueblo; los fieles, por su parte, en virtud del sacerdocio real que les es propio, colaboran en la ofrenda de la Eucaristía y ejercen su sacerdocio mediante la recepción de los sacramentos, la oración y la acción de gracias, el testimonio de una vida santa, y mediante su renuncia y su caridad efectiva.

2. Eucaristía, Redención y penitencia

Pero, ante todo, quisiera insistir en el gran lugar que ocupa, en toda la enseñanza de Juan Pablo II, el misterio de la Redención. Sin poder entrar en un análisis de todo lo que el Santo Padre ha dicho y escrito al respecto, me limito a mencionar los documentos pontificios que, en su título, incluyen las palabras *Redención* o *Redentor*, empezando por su primera encíclica, que, para cada papa, es significativa de sus grandes orientaciones y se considera generalmente como una encíclica-programa. Para Pablo VI fue *Ecclesiam suam*, y para Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, en marzo de 1979. En 1984, durante el Año Santo Jubilar de la Redención, fue la exhortación apostólica *Redemptionis donum*, sobre la consagración religiosa a la luz de la Redención, y luego la carta apostólica *Redemptionis anno* sobre Jerusalén, patrimonio sagrado de todos los creyentes. Luego *Redemptoris Mater* en 1987, *Redemptoris custos* en 1989 y *Redemptoris missio* en 1990. Esta insistencia se refleja evidentemente en el pensamiento de Juan Pablo II sobre la Eucaristía, que le gusta relacionar con el sacramento de la penitencia, como por ejemplo en el párrafo 20 de *Redemptor hominis*:

«Que cada uno se examine a sí mismo y coma de este pan y beba de este cáliz». Esta exhortación del Apóstol indica, al menos indirectamente, el estrecho vínculo que existe entre la Eucaristía y la penitencia... La Eucaristía y la penitencia se convierten así, en cierto sentido, en dos dimensiones estrechamente relacionadas de la vida auténtica según el espíritu del Evangelio, de la vida verdaderamente cristiana. Cristo, que invita al banquete eucarístico, es

siempre el Cristo que exhorta a la penitencia, que repite: «Convertíos». Sin este esfuerzo constante y siempre renovado por la conversión, la participación en la Eucaristía se vería privada de su plena eficacia redentora; en ella faltaría, o al menos se vería debilitada, la disposición particular a ofrecer a Dios el sacrificio espiritual en el que se expresa de manera esencial y universal nuestra participación en el sacerdocio de Cristo.

Este texto es importante porque recoge las orientaciones esenciales de Juan Pablo II sobre la Eucaristía en su relación con la Redención, con la penitencia y con el sacerdocio de Cristo, del que derivan el sacerdocio bautismal y el sacerdocio ministerial, ordenados el uno al otro para unir el sacrificio espiritual de los bautizados al sacrificio perfecto de Cristo.

Al año siguiente, en su segunda encíclica *Dives in misericordia*, el Papa retomaba, por otra parte, esta perspectiva:

La meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y reflexiva en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o de la reconciliación, tienen un gran significado. [...] «Cada vez que comemos este pan y bebemos esta copa», no solo anunciamos la muerte del Redentor, sino que también proclamamos su Resurrección. (N.º 13)

Evidentemente, se encuentran precisiones importantes sobre los vínculos entre la Eucaristía, la penitencia y la Redención en la exhortación apostólica *Reconciliatio et pœnitentia*, tras el sínodo de los obispos sobre la penitencia:

- en el número 7:

Es [...] legítimo [...] centrar en su misión de reconciliador la reflexión sobre todo el misterio de Cristo. Y hay que proclamar una vez más la fe de la Iglesia en el acto redentor de Cristo. [...] Invito precisamente a contemplar *el misterio de la Cruz* como el drama supremo en el que Cristo percibe en profundidad —y experimenta el sufrimiento— la tragedia misma del hombre separado de Dios.[...] La mirada fija en el misterio del Gólgota debe recordarnos sin cesar la dimensión «vertical» de la división y la reconciliación entre el hombre y Dios, que, en una visión de fe, prevalece siempre sobre la dimensión «horizontal», es decir, sobre la realidad de la división y la necesidad de la reconciliación entre los hombres.

- En el número 27, el Santo Padre recuerda la definición de la Eucaristía que da san Agustín en su comentario a san Juan: «*sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis*», que

destaca los efectos de santificación personal (*pietas*) y de reconciliación comunitaria (*unitas y caritas*), que se derivan de la esencia misma del misterio eucarístico como renovación incruenta del sacrificio de la Cruz, fuente de salvación y reconciliación para todos los hombres». Pero no olvida recordar «que ningún cristiano consciente de haber cometido un pecado grave puede recibir la Eucaristía antes de haber obtenido el perdón de Dios».

A continuación, citando la instrucción *Eucharisticum Mysterium* (mayo de 1967):

[...] que ningún hombre, si tiene conciencia de un pecado mortal, por muy contrito que se considere, se acerque a la Eucaristía sin una confesión sacramental previa; si se encuentra en caso de necesidad y no le es posible confesarse, que haga primero un acto de contrición perfecta.

Cabe señalar también que, en relación con la familia fundada en el sacramento del matrimonio, tema tan querido para su corazón, Juan Pablo II, en la admirable exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, insiste en el estrecho vínculo que une la Eucaristía y el matrimonio:

- en el número 57:

El deber de santificación que incumbe a la familia cristiana tiene su raíz primera en el bautismo y su máxima expresión en la Eucaristía, a la que el matrimonio cristiano está íntimamente ligado. [...] La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. El sacrificio eucarístico, en efecto, representa la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, tal y como fue sellada por la sangre de su cruz. Es en este sacrificio de la nueva y eterna alianza donde los esposos cristianos encuentran la fuente manantial que modela interiormente y vivifica constantemente su alianza conyugal. Como representación del sacrificio de amor de Cristo por la Iglesia, la Eucaristía es fuente de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad, la familia cristiana encuentra el fundamento y el alma de su «comunión» y de su «misión».

3. La carta *Dominicæ Cenæ*

Pero es la carta del Sumo Pontífice a todos los obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Santa Eucaristía, para el Jueves Santo de 1980, la que constituye, hasta la fecha, el documento más completo de Juan Pablo II sobre la Eucaristía, bajo el título de *Dominicæ Cenæ*.

Desde el principio de su carta, el Papa se empeña en establecer un estrecho vínculo con la del año anterior, en la que había tratado del sacerdocio: «También este año, para el Jueves Santo, les dirijo a todos una carta que está directamente relacionada con la que recibieron el año pasado».

Vuelve sobre ello en el número 2:

Esta carta que os dirijo, queridos hermanos en el episcopado, es, en cierto modo, como ya os dije, la continuación de la anterior. Mantiene también una estrecha relación con el misterio del Jueves Santo, y está relacionada con el sacerdocio. De hecho, pretendo dedicarla a la Eucaristía y, en particular, a ciertos aspectos del misterio eucarístico y a su incidencia en la vida de quien es su ministro. [...]

En realidad, el sacerdocio ministerial o jerárquico, el sacerdocio de los obispos y de los sacerdotes y, junto a ellos, el ministerio de los diáconos —ministerios que comienzan normalmente con el anuncio del Evangelio— están en relación muy estrecha con la Eucaristía. Ella es la razón de ser principal y central del sacramento del sacerdocio. [...] Nuestro culto eucarístico, tanto en la celebración de la misa como ante el Santísimo Sacramento, es así como una corriente vivificadora que une nuestro sacerdocio ministerial o jerárquico al sacerdocio común de los fieles, y lo presenta en su dimensión vertical, con su valor central. El sacerdote ejerce su misión principal y se manifiesta en toda su plenitud al celebrar la Eucaristía.

En el número 4, donde recuerda que si «la Iglesia hace la Eucaristía, del mismo modo la Eucaristía hace la Iglesia», insiste de nuevo en la primacía de la dimensión «vertical»:

El acercamiento y la unión, cuyo prototipo es la unión de los apóstoles en torno a Cristo durante la Última Cena, expresan y realizan a la Iglesia. Pero esta no se realiza solo por la unión entre los hombres, a través de la experiencia de fraternidad que ofrece la cena eucarística. La Iglesia se realiza cuando, en esta unión y en esta comunión fraternas, celebramos el sacrificio de la Cruz de Cristo, cuando anunciamos «la muerte del Señor hasta que Él vuelva». [...] Solo así, mediante tal fe y tal disposición del alma, se realiza la edificación de la Iglesia que, en la Eucaristía, encuentra verdaderamente su fuente y su culmen, según la conocida expresión del Concilio Vaticano II.

Fuente y culmen de la vida de la Iglesia, centro y culmen de toda la vida cristiana: en definitiva, queda claro que Juan Pablo II, siguiendo por otra parte al Concilio Vaticano II, pone de manifiesto que la Eucaristía solo alcanza toda su grandeza por el papel clave que desempeña en relación con el conjunto del misterio cristiano. Con todas las proporciones debidas, lo mismo ocurre, por otra parte, con cada aspecto de la fe,

de cada acontecimiento de la historia de la salvación, de cada sacramento. Y eso es precisamente lo que dificulta exponer un punto concreto, que solo tiene todo su sentido situado en el conjunto. Cada vez habría que volver a decirlo todo, en una visión sintética. Como eso es, de hecho, imposible, se supone a priori que esta síntesis es conocida por todos y que todos tienen la misma síntesis. Sin embargo, en la realidad, no siempre es así. Y los malentendidos o las divergencias sobre una cuestión concreta se deben, la mayoría de las veces, al hecho de que, en el fondo, partimos de síntesis diferentes. Pero exponer y debatir toda una síntesis requeriría una enorme cantidad de tiempo. ¿Cómo salir de este callejón sin salida?

Esta situación central de la Eucaristía queda bien puesta de relieve en esta carta a los obispos.

Por ejemplo, en el número 5, leemos:

El culto eucarístico constituye el alma de toda la vida cristiana. Si, en efecto, la vida cristiana se expresa en el cumplimiento del mandamiento mayor, es decir, en el amor a Dios y al prójimo, este amor encuentra su fuente precisamente en el Santísimo Sacramento, que se denomina comúnmente sacramento del amor [...] Al convertirnos así en adoradores del Padre «en Espíritu y en Verdad», crecemos en una unión cada vez más perfecta con Cristo. [...]

Y en el número 6: «*El sentido auténtico de la Eucaristía se convierte, por sí mismo, en una escuela de amor efectivo hacia el prójimo.* [...] Aprendemos a descubrir con respeto la verdad sobre el hombre interior, porque ese interior del hombre se convierte precisamente en la morada de Dios presente en la Eucaristía».

Y en el número 7:

De esta idea de culto eucarístico se deriva luego todo el *estilo sacramental de la vida del cristiano*. [...] Entre todos los sacramentos, es la sagrada Eucaristía la que lleva a la plenitud su iniciación cristiana. [...] El culto eucarístico es, pues, el centro y la meta de toda la vida sacramental. Los sacramentos de la iniciación cristiana, el bautismo y la confirmación, resuenan continuamente en él como un eco profundo.

Y el Papa menciona a continuación los vínculos de la Eucaristía «con el sacramento de la vida familiar y el sacramento de los enfermos», y luego «el estrecho vínculo entre el sacramento de la penitencia y el de la Eucaristía. *No es solo la penitencia la que conduce a la Eucaristía, sino que también es la Eucaristía la que conduce a la penitencia.* Cuando, en efecto, nos damos cuenta de quién es Aquel a quien recibimos en la comunión eucarística, nace en nosotros casi espontáneamente un sentimiento de indignidad, acompañado del arrepentimiento por nuestros pecados y de la necesidad interior de purificarnos.

Sin embargo, debemos velar siempre por que este gran encuentro con Cristo en la Eucaristía no se convierta para nosotros en un hecho rutinario, y por no recibirlo indignamente, es decir, en estado de pecado mortal.

Hoy en día, cuando muchos cristianos comulgan con tanta facilidad mientras que se acercan tan poco al sacramento de la penitencia, tal observación no puede sino inquietarnos en cuanto a la conciencia de la grandeza de Aquel a quien recibimos en la Eucaristía. Y esto nos introduce a la segunda parte de esta carta, que trata sobre la sacralidad de la Eucaristía y el sacrificio.

En el número 8, el Sumo Pontífice destaca la noción de *sacrum*, recordando que a lo largo de la historia «los elementos secundarios han sufrido ciertos cambios, pero que la esencia del *mysterium*, instituido por el Redentor del mundo durante la Última Cena, ha permanecido inalterada». Continúa diciendo:

El Concilio Vaticano II también introdujo algunas modificaciones, a raíz de las cuales la liturgia actual se diferencia, en ciertos aspectos, de la que conocíamos antes del concilio. No pretendo hablar de esas diferencias: conviene, por el momento, detenernos en lo que es esencial e inmutable en la liturgia eucarística.

A este elemento está estrechamente ligado el carácter de *lo sagrado* de la Eucaristía, es decir, de acción santa y sagrada. Santa y sagrada, porque en ella está continuamente presente y actúa continuamente Cristo, «el Santo de Dios». [...] Es Él, en efecto, quien, representado por el celebrante, hace su entrada en el santuario y anuncia su Evangelio. Es Él quien es el ofrente y el ofrecido, el consagrador y el consagrado. Acción santa y sagrada, porque constituye las santas especies del *sancta sanctis*, es decir, de las cosas santas —Cristo, el Santo— dadas a los santos. [...] El *sacrum* de la misa no es, pues, una «sacralización», es decir, una adición del hombre a la acción de Cristo en el Cenáculo. [...] Lo *sagrado* de la misa es una realidad instituida por Él. Las palabras y la acción de cada sacerdote, a las que corresponde la participación consciente y activa de toda la asamblea eucarística, se hacen eco de las del Jueves Santo.

El sacerdote ofrece el santo sacrificio de la misa *in persona Christi*, lo que significa más que «en nombre» o «en lugar de» Cristo. *In persona Christi*: es decir, en la identificación específica, sacramental, con el «sumo sacerdote de la alianza eterna», que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio. [] El misterio eucarístico, si se separa de su naturaleza sacrificial y sacramental, deja sencillamente de serlo. No admite ninguna imitación «profana», que se convertiría muy fácilmente (aunque no sea una regla absoluta) en una profanación. Hay que recordarlo siempre, quizá sobre todo en nuestra

época en la que se observa una tendencia a borrar la distinción entre *lo sagrado* y *lo profano*, dada la tendencia generalizada (al menos en algunos lugares) a la desacralización de todo. Por ello, la Iglesia tiene el deber particular de asegurar y confirmar lo *sagrado* de la Eucaristía. [...] La sacralidad de la Eucaristía ha encontrado y sigue encontrando su expresión en la terminología teológica y litúrgica».

En el número 9, se destaca la noción de *sacrificium*:

La Eucaristía es ante todo un sacrificio. [...] Por eso precisamente, al hacer presente este único sacrificio de nuestra salvación, el hombre y el mundo son restituidos a Dios por la novedad pascual de la Redención. [...] Al ser un verdadero sacrificio, la Eucaristía realiza, por tanto, la restitución a Dios.

De ello se deduce que el celebrante, como ministro de este sacrificio, es el auténtico sacerdote, que realiza —en virtud del poder específico de la ordenación— el acto sacrificial que devuelve a los seres a Dios. Por el contrario, todos los que participan en la Eucaristía, sin sacrificar como él, ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios sacrificios espirituales, representados por el pan y el vino desde el momento de su presentación en el altar. [...] A esto corresponde lo que se denomina la procesión de las ofrendas, prevista por la reciente reforma litúrgica y acompañada, según la antigua tradición, de un salmo o de un canto. [...] La conciencia de la acción de presentar las ofrendas debería mantenerse durante toda la misa. [...] Parece útil retomar aquí algunas expresiones de la tercera plegaria eucarística, que manifiestan particularmente el carácter sacrificial de la Eucaristía y vinculan la ofrenda de nuestras personas a la de Cristo: «Mira, Señor, el sacrificio de tu Iglesia, y dignate reconocer en él el de tu Hijo. [...] Que el Espíritu Santo haga de nosotros una ofrenda eterna para tu gloria». [...] Es, pues, necesario y muy conveniente emprender de nuevo una formación intensiva para descubrir las riquezas que encierra la liturgia actual.

En el número 10, un párrafo sobre la «mesa de la palabra de Dios» se refiere especialmente a una de las preocupaciones de vuestro coloquio:

El hecho de que estos textos se lean y se canten en lengua vernácula permite a todos participar con una mejor comprensión. Pero también hay personas que, educadas aún según la antigua liturgia en latín, sienten la ausencia de esa «lengua única» que, en todo el mundo, fue también una expresión de la unidad de la Iglesia y que, por su carácter impregnado de dignidad, suscitaba un profundo sentido del misterio

eucarístico. Por lo tanto, hay que mostrar no solo comprensión, sino también un verdadero respeto por estos sentimientos y deseos, y satisfacerlos en la medida de lo posible, como, por lo demás, prevén las nuevas disposiciones. La Iglesia romana tiene obligaciones particulares hacia el latín, espléndida lengua de la antigua Roma, y debe manifestarlas hoy cada vez que se presente la ocasión».

En el número 11, tras lamentar que a veces se observe una falta de «hambre» y «sed» eucarísticas, el Santo Padre denuncia una vez más la laxitud de algunos que se acercan a la Eucaristía sin haber tenido la preocupación necesaria de purificar su conciencia, y prosigue: «Pero también puede ocultarse así otra convicción, al menos en algunos casos: considerar la misa únicamente como un banquete, en el que se participa recibiendo el cuerpo de Cristo, para manifestar sobre todo la comunión fraterna».

En cuanto a la comunión en la mano, Juan Pablo II dice que «le ocurre oír hablar de lamentables faltas de respeto hacia las especies eucarísticas».

Incluso ocurre a veces, prosigue, que no se tiene en cuenta la libre elección y la libre voluntad de quienes, allí donde también se ha autorizado la distribución de la comunión en la mano, prefieren seguir con la costumbre de recibirla en la boca. [...] Tocar las sagradas especies, distribuirlas con las manos, es un privilegio de las personas ordenadas, que indica una participación activa en el ministerio de la Eucaristía. No cabe duda de que la Iglesia puede conceder esta facultad a personas que no son ni sacerdotes ni diáconos [...] o a otros laicos habilitados para ello por una justa necesidad, y siempre tras una preparación adecuada.

En el número siguiente, se recuerda que «todo sacerdote que ofrece el santo sacrificio debe recordar que no es solo él con su comunidad quien reza, sino que es toda la Iglesia la que reza, expresando así, sobre todo mediante el uso del texto litúrgico aprobado, su unidad espiritual en este sacramento».

Y continúa:

«Quisiera pedir perdón —en mi nombre y en el de todos vosotros, venerados y queridos hermanos en el episcopado— por todo lo que, a causa de alguna debilidad humana, impaciencia, negligencia, sea cual sea, y también como consecuencia de una aplicación a veces parcial, unilateral o errónea de las prescripciones del Concilio Vaticano II, haya podido suscitar escándalo y malestar en torno a la interpretación de la doctrina y a la veneración que se debe a este gran sacramento».

Y, por último, se puede leer en la conclusión:

Seguiremos dedicando especial atención a promover y acompañar la renovación de la Iglesia según la doctrina del Vaticano II, en el espíritu de una tradición siempre viva. [...] Me interesa sobre todo subrayar que los problemas de la liturgia, y en particular de la liturgia eucarística, no pueden ser motivo de división para los católicos ni una amenaza para la unidad de la Iglesia.

4. Algunos otros textos

Se podría encontrar, en muchos otros textos, la insistencia en estas mismas grandes orientaciones de Juan Pablo II sobre la Eucaristía, entre otros en sus catequesis de los miércoles. Por citar solo algunos ejemplos, menciono:

- el 13 de julio de 1988, catequesis sobre «Jesús, fundador de la estructura sacramental en la vida de la Iglesia»:

La plena expresión de esta comunión de vida con Cristo es la Eucaristía. [...] Este sacramento constituye el signo perdurable de la presencia de su cuerpo entregado a la muerte y de su sangre derramada «en remisión de los pecados»; cada vez que se celebra, hace presente el sacrificio salvífico del Redentor del mundo.

- 18 de marzo de 1992, catequesis sobre «La Eucaristía en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental»:

Según el Concilio Vaticano II, es en la Eucaristía donde se realiza plenamente la verdad de la Iglesia como comunidad sacerdotal, que se realiza por medio de los sacramentos. [...] La participación es común a todo el «pueblo sacerdotal», admitido a unirse en la oblación y en la comunión. Pero es diferente según la condición en la que se encuentran los miembros de la Iglesia según la institución sacramental. El ministro sacerdotal tiene un papel específico que no suprime, sino que más bien favorece el papel del sacerdocio común.

Conclusión

Para resumir lo esencial de todo lo que nos han dicho estos textos de nuestro Santo Padre el Papa, digamos, pues, que la Eucaristía realiza sacramentalmente lo que es el corazón mismo del eterno designio de Dios tal y como se desarrolla en la historia de la salvación: la gloria que, según la oración sacerdotal de Jesús en el capítulo 17 de San Juan, el Hijo, en el seno de la Trinidad, recibe de su Padre y devuelve a su Padre: «Glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique»; y según Gregorio de Nisa: «Que el Espíritu Santo sea llamado gloria, ninguno de los que examinan la cuestión puede contradecirlo» (*Homilía sobre el*

(*Cantar de los Cantares*). El Hijo, tras haber asumido la naturaleza humana, viene a devolver a su Padre esa misma gloria en el seno del mundo, para que se cumpla plenamente la vocación de la creación, que es dar gloria a Dios (tal y como lo definió el Concilio Vaticano I); así se redime el pecado del hombre, que consiste en no haber devuelto a Dios la gloria y la acción de gracias que se le deben (Romanos 1, 21). Así se lleva a cabo la «restitución a Dios» de la creación. Esto se cumplió plenamente en la cruz, donde Cristo «entregó el Espíritu». Y es esta ofrenda suprema la que se hace presente *hic et nunc* en cada celebración eucarística, y a la que se une cada bautizado cuando recibe la comunión con la disposición debida. Esta ofrenda perfecta, consumada en la cruz en el cuerpo terrenal de Cristo, continúa sin fin en el cuerpo resucitado de Cristo, Cordero inmolado, y se comunica a los hombres en el cuerpo eucarístico de Cristo para constituir así su cuerpo eclesial, germen terrenal del reino de los cielos donde Cristo será, en toda verdad, «todo en todos» (1 Cor 12, 28).